

Los rasgos sinodales de la Comunitariedad promovida por el P. Rafael García Herreros

Mg. Jader Igirio Tesillo

Maestría en Pensamiento Social Cristiano

Introducción

En 1892 Martin Kähler publicó un texto titulado: *El llamado Jesús histórico y el Cristo histórico y bíblico*, haciendo referencia a dos palabras alemanas para referirse a la historia ("historisch" y "geschichtlich"). Y muchos años después John Meier (1990) en su conocido ensayo *The historical Jesus: rethinking some concepts*, hizo la aclaración de las palabras: "el término "historisch" se refiere al hecho desnudo, al puro esqueleto del pasado, en el que el investigador prescinde de toda posible trascendencia o influjo en nuestra vida actual y de toda búsqueda de sentido [...]. Tal estudio "histórico" tiene como meta el pasado en cuanto pasado muerto, visto con la frialdad de la investigación objetiva, interesada solo por lo verificable. Por el contrario, el término "geschichtlich" hace referencia al pasado en cuanto cargado de sentido, que nos interpela, nos compromete y nos provoca a los hombres y mujeres de hoy [...]"



Tomado de: <https://elcatolicismo.com.co/iglesia-hoy/colombia/nuevo-paso-en-la-causa-de-beatificacion-del-padre-garcia-herreros>

Es desde esa última connotación del término que se sugiere acercarse a la historia de los inicios de la creación del barrio El Minuto de Dios (García Herreros, 2015), para pensar en los rasgos sinodales de la comunitariedad promovida por el Padre Rafael García Herreros, organizando los datos como un conjunto de acontecimientos cargados de sentido que interpelen, comprometan y provoquen a los hombres y mujeres que hoy tienen la intención de innovar socialmente, educar para el desarrollo y promover procesos de transformación social.

Para tal fin, también se echa mano de la epistemología histórica. Es decir, "de la historia de las categorías que estructuran el pensamiento, que modelan la concepción de la argumentación y de la prueba, que organizan las prácticas, que certifican las formas de explicación y que dotan a cada una de esas actividades de una significación simbólica y de un valor afectivo" (Batán, 2016, p. 38). La epistemología histórica hace referencia a la historia de las ideas y de las prácticas, por eso se considera como una herramienta conveniente para rastrear la sinodalidad de la comunitariedad promovida por el P. Rafael García-Herreros, a través de su visión de desarrollo e innovación social, las cuales han dejado huella en los acontecimientos significativos de los primeros años de El Minuto de Dios. Esa sinodalidad se expresa en las primeras prácticas sociales del barrio, las formas de interacción de las personas en la comunidad y sus maneras de transformación de los problemas estructurales.

Por otro lado, se propone el concepto de “mundo de la vida” en la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas (2014). Esta teoría representa un giro hacia la acción comunicativa como fundamento de la vida social, superando el paradigma de la conciencia individual y proponiendo una racionalidad basada en la intersubjetividad y el entendimiento. Aquí el lenguaje se convierte en el medio central para coordinar acciones mediante actos de habla que poseen componentes ilocucionarios y proposicionales. El acuerdo entre interlocutores surge del reconocimiento de pretensiones de validez y de la transparencia en la argumentación, lo cual exige condiciones ideales de diálogo libres de coacción. Así, la sociedad se interpreta como un entramado comunicativo donde los sujetos negocian sentidos compartidos y construyen consensos.

El Minuto de Dios, desafíos y soluciones comunitarias integrales

El surgimiento del barrio El Minuto de Dios fue una iniciativa social liderada por el P. Rafael García Herreros desde 1955, en un contexto de pobreza urbana y falta de oportunidades. A partir del patrocinio del programa televisivo del mismo nombre, se logró brindar ayuda económica inicial a familias necesitadas, lo que posteriormente se transformó en un proyecto de vivienda digna (García Herreros, 2015).

La propuesta creció progresivamente gracias al trabajo comunitario y a la movilización de voluntarios que participaron en la reconstrucción de casas, adquisición de terrenos y consolidación del barrio (Jaramillo, 1989). Con el paso de los años, el proyecto se convirtió en un referente nacional de intervención social y fortalecimiento comunitario.

La consolidación urbana se dio por etapas

a través de sectores que fueron construidos entre 1957 y 1972, cada uno con características arquitectónicas particulares y servicios básicos para sus habitantes. Este proceso implicó una respuesta al desplazamiento rural y urbano derivado de las condiciones de pobreza, marginalidad y falta de acceso educativo y laboral en la capital del país (Gnecco, 2014). Las viviendas se construyeron como espacios que promovían dignidad, arraigo y sentido de pertenencia, elementos fundamentales para la reconstrucción del tejido social. Así, El Minuto de Dios se convirtió en un símbolo de superación y organización comunitaria en medio de la desigualdad urbana.

La comunidad también germinó dentro del panorama sociopolítico colombiano de los años cincuenta, marcado por la violencia bipartidista, el golpe de estado de Rojas Pinilla y el establecimiento de “El Frente Nacional” (Mejía et al, 1994). En medio de estos cambios, surgieron iniciativas estatales como la televisión, que se convirtió en un medio de influencia cultural y política (Banco de la República, 2024). Sin embargo, el acceso limitado a la educación y la cultura mantuvo amplios sectores de la población en condiciones de analfabetismo y alienación (Acevedo, 2013).

Ante esta crisis cultural a nivel nacional, El Minuto de Dios impulsó espacios de acceso al arte y el pensamiento mediante la creación del Museo de Arte Contemporáneo unos años después, que se consolidó como un referente para la promoción artística en sectores populares. El museo, junto con actividades teatrales, musicales y educativas, fortaleció el acceso comunitario a expresiones culturales tradicionales y contemporáneas (Jaramillo, 2009). Este enfoque permitió la democratización del arte y la formación estética de generaciones de habitantes del barrio. Además, se promovieron actividades académicas, científicas y espirituales que contribuyeron al desarrollo intelectual y social de la comunidad.

Las implicaciones de la crisis económica de

los años cincuenta, estuvieron marcadas por la industrialización, la urbanización acelerada, la concentración de riqueza y el desplazamiento campesino hacia las ciudades (Caballero, 2016). Estas transformaciones generaron nuevas desigualdades y tensiones sociales, afectando profundamente las dinámicas urbanas y la estructura familiar. Ante la incapacidad de las ciudades para acoger a la población migrante, se multiplicaron cinturones de miseria y problemáticas sociales relacionadas a la falta de vivienda, empleo, salud y educación (Echavarría, 1999).

Frente a este contexto, El Minuto de Dios promovió un modelo de integración social basado en organización comunitaria, participación vecinal y construcción colectiva de espacios físicos y sociales (Juliao, 2007). Se establecieron comisiones por sectores, líderes comunitarios, actividades culturales, normas de convivencia y participación familiar en actividades colectivas (Gnecco, 2014). Estas dinámicas fortalecieron la solidaridad, la cooperación y el sentido de pertenencia, logrando articular soluciones de salud, educación, recreación, espiritualidad y trabajo. La comunidad también mantuvo un carácter religioso abierto y ecuménico, acogiendo diversas expresiones de fe y favoreciendo procesos de encuentro espiritual masivo (García Herreros, 2015).

Además de la problemática ya señalada en la Colombia de los años cincuenta y sesenta, también representó un desafío para El Minuto de Dios, el tema educativo: baja cobertura, desigualdad entre zonas rurales y urbanas, insuficiencia de infraestructura y altos índices de analfabetismo (Ramírez & Téllez, 2006). La educación secundaria era limitada y mayoritariamente privada, dificultando el acceso para estudiantes de clases populares (Gómez, et al, 1982). Las tasas de deserción eran elevadas y la transición entre primaria y secundaria resultaba difícil para la mayoría de los jóvenes, lo que refleja la persistencia de inequidad educativa.

En este escenario, El Minuto de Dios desarrolló un proyecto educativo integral que inició con una escuela en 1957 y se expandió hasta conformar un sistema educativo amplio con primaria, bachillerato y posteriormente educación de adultos (Jaramillo, 2009). Con el tiempo, se consolidó la Corporación Educativa Minuto de Dios, orientada a la formación académica y en valores, buscando transformar la realidad social del país (Gnecco, 2014). La propuesta educativa promovía estudiantes responsables, creativos, solidarios y orientados al servicio, generando una identidad formativa propia.

La expansión educativa llevó finalmente a la creación de la Corporación Universitaria Minuto de Dios en 1992, con programas profesionales orientados a la formación ética, técnica y socialmente comprometida. Su enfoque praxeológico buscaba transformar los contextos sociales mediante la reflexión crítica sobre la práctica (Juliao, 2007). La universidad amplió progresivamente su presencia territorial y cobertura, convirtiéndose en una de las instituciones de mayor impacto social del país.

Con esas y otras iniciativas integrales se fortaleció institucionalmente este proyecto social, que derivó en diversas entidades sin ánimo de lucro orientadas a vivienda, atención a población vulnerable, capacitación y financiación social (Juliao, 2007). Estas líneas de acción permitieron atender a comunidades en riesgo, promover emprendimientos, impulsar desarrollo familiar, apoyar desplazados y generar alternativas económicas sostenibles (Gnecco, 2014).

Rasgos sinodales de la comunitariedad desde la teoría de la acción comunicativa

El “Mundo de la Vida” es el trasfondo cultural, social y subjetivo que hace posible la comprensión mutua y la interacción cotidiana. Se compone de saberes, experiencias y certezas

compartidas que no se ponen en cuestión y que orientan la interpretación de la realidad. Este horizonte común permite a los actores entenderse sobre situaciones, coordinar acciones y construir definiciones compartidas del mundo. Su estructura se sostiene en la memoria colectiva, los significados simbólicos y el uso del lenguaje como vehículo de sentido. El mundo de la vida constituye el suelo desde el cual se produce la interacción comunicativa y se renuevan los marcos de referencia (Habermas, 2014).

Los componentes estructurales del “Mundo de la Vida” son cultura, sociedad y personalidad. La cultura provee interpretaciones y continuidad simbólica; su perturbación genera crisis de sentido. La sociedad está constituida por ordenamientos legítimos que regulan pertenencias y posibilitan solidaridad; su quiebre produce anomia y conflictos. La personalidad alude a las competencias para hablar, actuar y sostener identidad; su afectación se manifiesta en fenómenos de alienación. Estos tres procesos —reproducción cultural, integración social y socialización— son interdependientes y sostienen la práctica comunicativa, permitiendo la renovación del consenso y la formación de sujetos capaces de acción y lenguaje (Habermas, 2014).

Habermas (2014) pone en paralelo este concepto de mundo de la vida con el de “el sistema social” según Talcott Parsons, definiéndolo como una estructura compuesta por actores que interactúan orientados por fines y regulados por símbolos compartidos. Se organiza mediante subsistemas, cada uno con funciones específicas. La acción se analiza a través del acto-unidad, el estatus, el rol, el actor y la colectividad, articulados bajo prerequisites funcionales que aseguran orden, control social, motivación y mantenimiento de pautas. Además, aparecen medios de regulación deslingüistizados como el dinero y el poder, que coordinan acciones estratégicas mediante cálculos instrumentales y estructuras jerárquicas.

La diferenciación entre “sistema social” y “mundo de la vida”, según Habermas (2014) radica en sus formas de integración: la integración social se basa en el entendimiento comunicativo, mientras que la integración sistémica se orienta a la regulación y se hace con medios como el dinero y el poder. El sistema tiende a tecnificar las relaciones sociales y a colonizar el mundo de la vida, generando pérdida de sentido, desigualdad y alienación. Habermas sostiene que es necesario distinguir ambas esferas para evitar la subordinación de la comunicación al control instrumental. La salida está en reforzar la racionalidad comunicativa, la deliberación pública y las estructuras que sostienen la reproducción simbólica de la sociedad.

Los rasgos sinodales de la comunitariedad en El Minuto de Dios se analizan desde este concepto de “mundo de la vida” para lograr la identificación de las estructuras fundamentales que diferencian la integración social y la integración sistémica. Por una parte se encuentran las relaciones intersubjetivas que son producto de la acción comunicativa garantizando la solidaridad de los grupos, sin excluir los conflictos que se presentan en toda comunidad; lo que afirma la integración social es que las situaciones problemáticas quedan resueltas a través de la práctica argumentativa orientada al acuerdo entre los actores comunicativos, lo paradigmático en esta manera de integración es la relación intersubjetiva que entablan los sujetos capaces de lenguaje y de acción cuando se entienden entre sí sobre algo. En El Minuto de Dios se presentaron problemas cotidianos, pero su horizonte trascendental permitía el entendimiento entre los sujetos y, de esta manera, los habitantes del barrio podían lograr acuerdos que les consentían el cumplimiento de los objetivos generales de la comunidad.

Por otra parte, se identifica la integración sistémica y sus características, con su intento de colonizar la racionalidad comunicativa a través de la racionalidad cognitivo-instrumental.

Para la función instrumental lo paradigmático es la relación de un sujeto solitario con algo en el mundo objetivo que pueda representarse y manipularse; la razón instrumental es concebida en términos de relaciones sujeto-objeto. Se pone evidencia a una sociedad que garantiza la regulación y el orden bajo presupuestos ideológicos de clase que se convierten en alimentadores de una falsa conciencia, pero también, se comprueban las pretensiones de una clase social que hace pasar sus propios intereses como el interés general de la sociedad.

La posibilidad más cercana que se tiene de frente a la integración social y la integración sistémica es la de la diferenciación con el objetivo de un análisis social, porque en la práctica cotidiana las dos maneras se encuentran. El Minuto de Dios ha venido desarrollándose en el seno de un país que se puede identificar como un sistema social, pero el “mundo de la vida” que se gestó en el barrio le permitió generar relaciones intersubjetivas, a través de la acción comunicativa, destacándolo como una nueva propuesta de integración que supera la sociedad técnica y capitalista que se regula a través del poder y el dinero. Con esta diferenciación entre la integración sistémica y la integración social, podrían presentarse tres rasgos sinodales de la comunitariedad promovida por el P. Rafael García-Herreros:

1. La participación de todos los sujetos a través de la acción comunicativa

La interacción de los habitantes del barrio estaba animada por el diálogo, a través de su capacidad de lenguaje los participantes de la comunidad exponían sus necesidades, interpretaban las situaciones problemáticas y buscaban soluciones que les fueran favorables a todas las familias. La participación de los habitantes no era de tipo representativa, no estaba delegada a algunas personas consideradas con altas capacidades científicas y culturales dentro de la comunidad, sino que

todos los sujetos, desde su intelectividad, tenían la posibilidad de la opinión pública, como seres capaces de lenguaje.

De esta manera, el diálogo argumentativo era fundamental para la integración social, porque permitía a los habitantes del barrio reconocerse como seres humanos iguales, sin distinción de clases y miembros de una misma sociedad. Las decisiones de la comunidad con respecto al bien común no estaban en las manos de unos pocos que parecían pertenecer a una élite social, sino que se construía a través del consenso de los integrantes de las familias que componían los sectores. Las reuniones semanales por grupos de edades o géneros eran espacios para la escucha y la interpretación, momentos que se propiciaban para el acuerdo entre los habitantes, los cuales tenían como principio el desarrollo social de la comunidad.

El diálogo no se restringía al credo religioso, por eso una de las novedades de este barrio, con una clara identidad católica, fue la integración de personas que pertenecían a otras denominaciones religiosas. Desde su horizonte trascendental los habitantes del barrio habían superado los dogmatismos y el adoctrinamiento propio de la religión y se habían abierto a dialogar con sujetos que tenían creencias distintas, no solo dentro del mismo cristianismo, sino con personas que profesaban otras religiones, dando un lugar predominante al ser humano y sus necesidades, trascendiendo a los paradigmas sociales que integran a los individuos por sus preferencias de fe; en esta comunidad todos los sujetos capaces de lenguaje podían aportar en la construcción de la sociedad.

Esa situación ideal de habla les permitía a los participantes de la comunidad comunicativa acciones que promovían la solidaridad y la reproducción material de la cultura. Los festivales se organizaban con la participación de todos los individuos, cada uno aportaba su habilidad desde la música, el teatro, la pre-

paración de los alimentos, la construcción de los espacios físicos para las representaciones teatrales o las celebraciones católicas. De esta manera los habitantes del barrio interactuaban desde un horizonte trascendental que les era común a todos y que ordenaba la vida de una comunidad en la que las distinciones de clases no tenían lugar.

2. La superación del asistencialismo con cambios estructurales en la sociedad

Si bien El Minuto de Dios no se propone resolver de inmediato la problemática social de Colombia, sí tiene como objetivo, a través de procesos comunitarios que ponen en primer plano las relaciones intersubjetivas, las soluciones progresivas a las situaciones que obstaculizan el desarrollo social del país.

Por eso, el proyecto social de El Minuto de Dios superó la conciencia asistencialista que le es propia a las sociedades capitalistas, las cuales han centrado su proyecto solamente en las ayudas iniciales y esporádicas en situaciones de pobreza, sin lograr cambios estructurales en la sociedad.

La característica fundamental de El Minuto de Dios es el cambio progresivo de las estructuras sociales que mantienen a la población en la inmovilidad social y no le permiten salir del ciclo de pobreza en el que permanecen girando las generaciones que le suceden a los miembros de una familia. Por eso, la solución que proponía El Minuto de Dios a las dificultades sociales en las que estaban envueltas las personas que llegaban a la capital del país durante la década de los años cincuenta no se trataba solo de conseguirles una vivienda, sino que se enfocaba en la construcción de comunidades autónomas que participaban en los planes de desarrollo integral que atendían las dimensiones fundamentales de las familias.

La comunidad liderada por el P. Rafael García Herreros cambió el paradigma de la sola

implementación de algunas actividades de bienestar social, sin apuntar a la erradicación de las causas profundas del atraso y la dependencia; esa manera de enfrentar los problemas sociales caracterizaba el asistencialismo que mantenía a la sociedad en el mismo nivel de pobreza durante los años cincuenta, esto es, la típica política social de los grupos tradicionales. El Minuto de Dios, desde sus inicios, ha visto la actividad asistencial solo como punto de partida de un proyecto social que ha integrado varias dimensiones de la sociedad. Por eso, los procesos intersubjetivos generaban la satisfacción de las necesidades esenciales de los habitantes del barrio de una manera concomitante.

De frente a ese enfoque social de El Minuto de Dios, el asistencialismo quedaba descubierto como una de las actividades sociales que históricamente han implementado las clases dominantes, para esconder la miseria que ellas mismas generan y para perpetuar su sistema de explotación. Su esencia es dar algo de alivio para relativizar y frenar el conflicto, para garantizar la preservación de privilegios en manos de unos pocos. Las élites dominantes producen a gran escala la miseria y la enfermedad y luego crean algunas soluciones asistenciales, de esta manera los intereses de las clases dominadas quedan aparentemente tenidos en cuenta, pero el sistema solo cubre incompletamente sus necesidades.

El Minuto de Dios se diferencia de ese sistema social organizado en clases dominantes porque su propuesta se ha basado en cambios estructurales que hacen al individuo capaz de satisfacer todas sus necesidades, pero siempre como un sujeto que se interrelaciona en la comunidad; la autodependencia del sujeto como actor principal de su desarrollo social está en función de una interdependencia horizontal (Max-Neef, 1993), se trata de la visión de personas que establecen vínculos sustentados en la acción comunicativa, sin relaciones autoritarias ni condicionamientos unidireccionales. Una interdependencia así

proporcionó a la comunidad del barrio El Minuto de Dios la capacidad de combinar los objetivos de crecimiento económicos con los de justicia social, desarrollo personal y libertad. Del mismo modo, la combinación armónica de tales objetivos ha sido capaz de potenciar la satisfacción individual y social de las distintas necesidades humanas esenciales.

3. Una idea de desarrollo enfocada en la persona

La diferenciación entre la integración social de El Minuto de Dios y la integración que ha sido propia al sistema social colombiano también permite afirmar que el orden que garantiza el dinero en la integración sistémica podría ser solo la fuente de un desarrollo cuantitativo de la sociedad. Ese desarrollo en las sociedades capitalistas tiene un período en el que el crecimiento económico, convencionalmente entendido y medido, conlleva a un mejoramiento de la calidad de vida hasta un punto determinado, pero la elevación del ingreso se vuelve insuficiente para la amplia dimensión de la calidad de vida de los individuos de una sociedad (Max-Neef, 1993), esto es, la obtención de bienes y servicios no garantiza que una sociedad pueda considerarse desarrollada, para tal fin se necesitan otros aspectos que no se pueden generar a través del dinero.

Por eso, el desarrollo entendido desde el horizonte trascendental de El Minuto de Dios arroja un indicador del crecimiento cualitativo, porque es un proceso que busca elevar en sentido lato la calidad de vida de las personas, percibiendo que el bienestar integral depende de las posibilidades que tengan las personas de satisfacer adecuadamente sus necesidades; de esta manera el enfoque de desarrollo experimenta un cambio desde la praxis y el concepto, porque éste tiene que ver con personas, no con cosas, afirmando que solo las personas se desarrollan y la reproducción material solo representa un instrumento para lograr ese fin.

Por lo tanto, la base sobre la cual se construye este proceso de desarrollo humano integral es el protagonismo de los actores comunicativos a través de su capacidad de lenguaje, como consecuencia de privilegiar tanto la diversidad como la autonomía de espacios en que el protagonismo de los sujetos sea realmente posible, es decir, se trata de una transformación de la persona-objeto en persona-sujeto del desarrollo. Esta propuesta de El Minuto de Dios deja en evidencia la incompletitud e insuficiencia del desarrollo medido con indicadores cuantitativos de las sociedades capitalistas, porque desde su horizonte trascendental los participantes de la integración social se convierten en gestores y receptores de su bienestar integral, producto de la solidaridad garantizada por el grupo a través de los componentes estructurales de su mundo de la vida.

La idea de desarrollo humano integral enfocada en los actores comunicativos tiene, entonces, tres características fundamentales: se orienta, explícitamente, como primera condición a la satisfacción de las necesidades esenciales de las personas; genera mayores y crecientes niveles de autodependencia comenzando desde la familia, el barrio y luego con efectos a nivel nacional; articula de manera más orgánica relaciones entre el ser humano, la naturaleza y la tecnología (Max-Neef, 1993). Así los habitantes del barrio El Minuto de Dios fueron satisfaciendo integralmente sus necesidades, porque el desarrollo era un prisma que abarcaba todas las dimensiones de los sujetos.

Conclusiones

Este análisis social desde la epistemología histórica permite afirmar que los rasgos sinodales de la comunitariedad en El Minuto de Dios expresan una forma alternativa de integración social fundamentada en la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas. La experiencia comunitaria promovida por el P. Rafael García Herreros se configuró como

un mundo de la vida compartido, capaz de orientar las interacciones sociales desde la solidaridad, la participación y la construcción conjunta del sentido, superando las lógicas de dominación propias de los sistemas tecnificados y capitalistas que reducen la vida social a relaciones instrumentales y funcionales.

La participación comunitaria no se basó en estructuras representativas ni jerárquicas, sino en la intervención equitativa de todos los sujetos capaces de lenguaje, independientemente de su posición social, nivel educativo o adscripción religiosa. El diálogo se convirtió en el mecanismo que permitió interpretar problemáticas, construir acuerdos y definir acciones colectivas orientadas al bien común, generando cohesión social, identidad compartida y una cultura comunitaria que fortaleció el tejido social desde prácticas inclusivas y deliberativas.

Otro de los aportes centrales identificados es la superación del asistencialismo como respuesta a la pobreza estructural. El Minuto de Dios se distanció de las prácticas paliativas destinadas solo a aliviar carencias momentáneas y promovió procesos de transformación sostenida, orientados a modificar las condiciones que perpetúan la desigualdad. El enfoque comunitario impulsó cambios estructurales a través de la autogestión, la interdependencia horizontal y el fortalecimiento de capacidades colectivas, lo que permitió romper ciclos de dependencia y exclusión propios de los modelos asistenciales tradicionales.

La concepción de “desarrollo” presente en este proyecto se centra en la persona como sujeto y no como objeto, superando los indicadores cuantitativos del crecimiento económico y orientándose hacia la satisfacción integral de las necesidades humanas. El desarrollo entendido desde esta perspectiva privilegia la autonomía, la participación, la dignidad, la justicia social y la articulación

equilibrada, proponiendo un paradigma que antepone la calidad de vida y la realización humana sobre la acumulación material.

Este análisis permite afirmar que la experiencia del barrio El Minuto de Dios constituye un referente de sinodalidad que demuestra la posibilidad de construir comunidades cohesionadas, solidarias y deliberativas dentro de un sistema social marcado por el individualismo, el poder y el dinero.

La diferenciación entre integración sistémica e integración social revela que la sinodalidad, identificada en la comunitariedad promovida por el P. Rafael García Herreros, es una vía para resistir la regulación de las sociedades por pequeños grupos, con intereses contrarios a la satisfacción de las necesidades esenciales de todos sus miembros y para fortalecer procesos sociales centrados en el consenso, la cooperación y la transformación colectiva, proyectando una alternativa vigente para los desafíos contemporáneos.

Referencias bibliográficas

- Acevedo, A. (2013). ¿Revolución cultural en Colombia? Impresos y representaciones, 1968-1972. *Historiología*, 5(10), 92-128.
- Batán, M. R. B. (2016). La cuestión de la epistemología histórica como estilo epistemológico. *Epistemología e Historia de la Ciencia*, 1(1), 35-52.
- Caballero, C. (2016). La economía colombiana del siglo XX: Un recorrido por la historia y sus protagonistas. *Debate*.
- Echavarría, J. (1999). *Crisis e industrialización: Las lecciones de los treinta*. Tercer Mundo Editores.
- García Herreros, R. (2015). *Pueblito blanco*. CCCMD.
- Gnecco, M. (2014). *Innovaciones sociales para la equidad y la inclusión social: El caso de El Minuto de Dios*. UNIMINUTO.
- Gómez, O., Gómez, M., & Urrego, I. (1982). *La educación en Colombia en el siglo XX, 1900-1980*. Universidad de Antioquia.
- Habermas, J. (2014). *Teoría de la acción comunicativa (Vols. 1-2)*. Editorial Trotta.
- Jaramillo, D. (1989). *El Minuto de Dios (2ª ed.)*. CCCMD.
- Jaramillo, D. (2009). *Rafael García Herreros: Una vida y una obra*. CCCMD.
- Juliao, C. (2007). *Educación social: El Minuto de Dios, una experiencia y un modelo*. UNIMINUTO.
- *La televisión en Colombia*. (2024, septiembre 16). *Enciclopedia: La Red Cultural del Banco de la República*. https://enciclopedia.banrepcultural.org/index.php?title=La_televisión_en_Colombi&oldid=30298
- Max-Neef, M. (1993). *Desarrollo a escala humana: Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. Icaria.
- Meier, J. P. (1990). The historical Jesus: Rethinking some concepts. *Theological Studies*, 51, 3-24. <https://theologicalstudies.net/wp-content/uploads/2022/08/51.1.1.pdf>
- Mejía, H., Londoño, C., & Granda, A. (1994). *La juventud de Medellín y la construcción de la democracia*. UPB.
- Ramírez, M., & Téllez, J. (2006). *La educación primaria y secundaria en Colombia en el siglo XX*. Banco de la República. <https://www.banrep.gov.co/docum/ftp/borra379.pdf>



Tomado de : https://www.freepik.es/foto-gratis/iglesia-dentro_960812.htm#from-View=search&page=1&position=7&uuiid=72ee5ca8-a147-4220-b60f-1d9bd8ba1d64&query=IGLESIA